

ALEJANDRO CARRILLO
(EL ALETZ)

La Bellakita

*¡Ave roja de cuello de hule!
fresca y caliente luces tu diadema de flores.*

*¡Oh madre!
Dulce, sabrosa mujer,
preciosa flor de maíz tostado,
te entregas, quedarás abandonada,
tendrás que irte
a donde todos quedan descarnados.*

*Veniste frente a los príncipes,
tú, maravillosa criatura, te ofrendas.*

*Parada sobre tu estera
de plumas amarillas y azules.
Preciosa flor de maíz tostado,
a todos te entregas: quedarás abandonada
tendrás que irte a la Región de los muertos.*

Tlaltecatzin

¡Verga!

No se ve ni madres.

Sólo oigo mis pasos bajando, un escalón, y otro, sobre el piso fríísimo, y mi respiración bien rápida, porque al chile sí me da un chingo de perse estar adentro de esta negrura, bajando y bajando sin saber qué pedo.

Entre más bajo más nerviosa me pongo. Además no hay nada de qué agarrarme, no hay barandal, sólo escaleras y escaleras.

Vengo siguiendo un dembow. Lo culero es que no sé por qué lo sigo, sólo me acuerdo que eso me dijeron que hiciera, acercarme al ritmo: *morra, usted siga el dembow, va a ver que lo reconoce*, aunque no sé quién chingados me lo dijo, ni cómo aparecí adentro de este negro, bajando, un escalón, y otro, y otro, acercándome al reguetón cripi, un ritmo bien antaño, sin lírica, un: *PUM, tu pum pum, PUM*, que no se detiene, se hace cada vez más fuerte, tronando igualito que mi corazón, *PUM, tu pum pum, PUM*, más y más fuerte entre más bajo, y al chile ya he de estar bien cerquita, porque el ruido se pone a fuego, bien bellaco: ¡*PUM, tu pum pum, PUM!*!, ¡nel, qué!, yo ya me quiero ir a la verga, ¡*PUM, tu pum pum, PUM!*!, pero no hay a dónde, ¡*PUM, tu pum pum, PUM!*!, trato de virarme pero atrás de mí ya no hay ni madres, *PUM, tu pum pum, PUM*, ¡chale!, ya desapareció la escalera. La oscuridad me empuja; me avienta hacia el reguetón antaño que sigue

tronando, ¡PUM, *tu pum pum*, PUM!, y hacia él avanzo, aunque no quiero, ¡PUM, *tu pum pum*, PUM!, al chile algo malo va a pasar allá, maquineo, algo bien pinche culero de la verga, y brego, para no seguir, pero ni pedo, más retruena el dembow, más se infla, más se agranda hasta que...

...ya llego. Ahí debe de estar sonando, atrás de esa raya de luz que se ve abajo de esa puerta, que se abre solita mientras me acerco, y me enseña un departamento cualquiera, de esos del invi, que también está a oscuras. Sólo hay una luz que sale del fogón de la cocina, bien intensa, tirándole sus blinblines de fuego a una guirla encuerada. No mames, está re pinche hermosa la jeva, como de veintialgo. Bien morena, con el pelo largo que le llega hasta abajo del buti, y la jeta de india, como la mía, pero la suya bien preciosísima, así se me hace cuando le veo cómo los blinblines de la luz se estrellan en su tono chocolatito, cómo se le vuelven pinche mil estrellas sobre su pellejo, y, ¡verga!, la jeva ya se está virando a verme, vira su jeta, todo su hocico; vira su pelo de cascada, su pelo flor, y me tira: *acércate, miña, ven, me cae que no muerdo*. ¡Pero nel, ni madres!, aunque está bien chula, a mí me entra un chingo de perse, y nel, no puedo ni moverme ni palabrearle nada, pero ¡chale, ahí voy de pendeja!, avanzando hacia ella porque no me puedo aguantar, es más su hermosura que mi miedo.

Me acerco y le entrego un paquete que quién sabe de dónde saco. ¡A güevo! Me acuerdo que para eso estaba aquí, para dárselo. Ella estira la mano, lo agarra y lo abre.

Adentro trae un corazón, morrito, como del tamaño de mi puño, latiendo, pu cun, pu cun, pu cun, así, muy rápido, pu cun, pu cun, pu cun, igual de nervioso que el mío. La jeva se tira al suelo y deja el corazón en el piso, enfrente de ella, y luego se pone en cuatro, como si estuviera perreando, y se acerca al corazón, muy despacio, como gatita. ¡Qué gatita!, una pinche fiera, y nel, no sólo lo parece, ya lo es: se convirtió en una jaguarzota que hunde su hocico en el corazón y le arranca un cacho, ¡verga!, ¡am! La veo virarse a verme, con los labios, el

hocico, la lengua empapados de rojo, todos rojos, todo el hocico, que ahora ya se volvió otra vez de guirla. El dembow se hace más brutal, tanto que estoy segura que viene de adentro de ella, de su bodi, de su sonrisa escurriendo sangre que ahora me tira: *vente, hija, ándale, ¿por qué no le das una mordidita?*, y como la jeva ve que al chile no me sale el palabreo, me grita ya bien enfogonada: *¡órale, hija de su reputísima madre!, ¿qué no está oyendo?, ¡le digo que le muerda!* ¡Nel, no mames! Siento que no puedo respirar, que esta jeva es una bruja de esas que se quitan la pata para transformarse en animal y volar con alas de zopilote, o rugir, como jaguar, y que me va a tragar, y nel, ¡no mames!, brego contra la fuerza adentro de mí que le quiere decir que sí acepta su invitación, que voy a hacer todo lo que me diga, para siempre. Lo bueno es que es más mi perse, ¡a güevo!, es mi sangre espantada la que gana el combate, la que hace que me resista a su risa burlona, al diente de oro que le veo blinblinear abajo de sus labios y dientes manchados de sangre, y me largue. Y me largo, pero no hay a donde moverme, ya no hay departamento ni nada, sólo un hoyo negro bien cabrón que me chupa y por el que caigo y caigo y caigo, queriendo que ya se acabe esto, que ya deje de caer, que ya llegue a donde sea para que se acabe esta mamada y se me desaparezca el miedo y...

...y verga, que me despierto.

El corazón lo traigo igual que en la pesadilla: pu cun, pu cun, pu cun. Las manos me tiemblan y quiero gritar, pero nel. A mi lado está mi jefa, jetona en el colchón: sus ronquidos me regresan de vergazo a la perra realidad de oír su hocico apesotoso pegado a mí y sentir el coraje y la tristeza y las pinches ganas culeras de ya no estar aquí. Y entonces agarro el pedo que ya, no hay pa tras ni pa agarrar vuelo, hasta aquí llegué: hoy es el día en el que me voy a largar a la verga y ya nunca voy a volver a verla.



LO DE EN MEDIO

QUIERO HACÉRTELO ASÍ COMO EN LA SECUNDARIA

Al chile no vas a saber qué pedo hasta que no la tengas bien adentro, mija, me tira la Bellakona antes de aventarme a su cuarto con el Yorch. ¡Senda culera! El reguetón retruena brutal en su sala, y cuando me cierra la puerta, hasta acá dentro sigue retumbando. El Yorch está igual de mono que la Bellakona, y ya hasta se bajó el pantalón y los calzones y se sacó un bicho grandísimo. ¡Chale! Está más chamaquito que yo y míralo, viéndome acá de: sobres, mami.

A mí se me vira la panza y quiero guacarear, y se me empiezan a salir las lágrimas, y a hacérseme un nudo en la garganta, porque al chile me estoy sintiéndome bien morrita de nuevo, ¡verga!, como de siete años, de seis, de cinco, de cuatro, porque además la vergota le güele bien culero, como si no se hubiera bañado en días.

Trato de salirme, de escapar de aquí antes de que este puto se me acerque, pero la Bellakona le puso el seguro a la puerta por fuera. Siento un escalofrío y brego pa agarrar babilla y hacer como si no pasara nada. ¡Vale verga! ¡Morrita otra vez! Ya se me están saliendo las lágrimas, pero no quiero que este culero vea que ya traigo la perse encima y...

...y de putazo me llega el recuerdo de cuando estaba morrita y me metieron en el baño las jevas más maliantes del salón. Yo tenía como seis años y gritaba para que ya me sacaran

de ahí, porque además esos escusados culeros de mi primaria estaban atascados de mierda; en la taza había una caca que parecía un tronco. Un pito casi negro, atravesado, flotando; como una lancha en medio de un mar de aguas negras. Un pitote como este que está latiendo enfrente de mí, en el bodi del Yorch, que está sentado en la cama, y me tira: *órale, vas, mija, no seas miedosa*. ¡Pinche morro! ¡Nel!

¡Sáquenme! Empecé a gritar de morrita y me valió que las maliantes se burlaran. Grité hasta que un maestro vino a rescatarme, y luego la humillación de salir toda escurrida de lágrimas y mocos, todos burlándose de mí por no aguantar nada, por ser tan pinche chillona.

Nel, ahora no puedo ponerme a llorar.

¡Nel, si chillo ya valí verga y este culero me la va a meter!

Otro pinche escalosfrío y las ganas de vomitar.

Nel. Mejor me trago el miedo y saco ribete, de donde puedo, y me le acerco al Yorch, para convencerlo de que se aplaque, nada más sin virarme pa abajo, pa no verle ese bicho que le güele al aliento de un animal bien brutal, que tuviera ojos y jeta y pudiera palabrear él solito, y me dijera que ya no estoy tan morra, que ya es hora de sentirlo, aunque no quiera. ¡Nel! No puedo. Se me doblan las rodillas y me entra un mareo brutal cuando le tiro: *aguanta, carnal, sí me gustas, pero mejor después*. La voz me tiembla como papalote.

A lo mejor ni me oye, porque está tan arrebatado de mona, que hasta babea; no puede palabrear y nada más me tira: *va va va*, como si estuviera malito de la calabaza. *Ya te va a tocar, mijo, pero al rato*, le digo con la voz más bellaca que puedo, pero nel, no me sale, se me quiebra, parece palabreo de morrita chica, le paso las manos por el pelo, *nada más aguántame tantito, déjame voy por una mona allá afuera*, le invento, pero cuando me viro y trato de salir me acuerdo que está cerrado, así que le grito a la Bellakona: *¡yábreme, culera!* Pero nel, no me oye, y ya estoy queriendo chillar otra vez, y me tiemblan las manos, no puedo ni agarrar chido la cerradura para salirme

a la sala, donde El Habano, en las bocinas, canta a todo volumen: «*yo quiero hacértelo así como en la secundaria, como en la secundaria, como cuando yo era tu sicario y tú mi sicaria, ma*». ¡Por eso no me oye la Bellakona!: ¡*yábreme, culera!*

El Yorch se para y viene hacia mí. Sus manos me apañan la cintura y me sobetea el buti. Yo brego para zafármelo y le tiro: *espérate, mijo, ya ahorita, nomás déjame salir tantito, ¿sí?, tirame esquina, carnal, te juro que ahorita vengo*. La labia me sale rota, en pedacitos, el palabreo se me cae al piso y no sé si el lambebicho ya se dio color que estoy cagándome de perse, que no tiene nada que ver lo que digo con lo que hago; se agarra la verga con una mano y se me pega tratando de clavarme su bicho a lo pendejo, ¡chale!, ¡*carnala, ábreme!*!, le sigo gritando a la Bellakona, pero nel, no me oye, porque El Habano ahora canta, «*te lo tiro pa que baile tu gata, pa que en la disco se te ponga sata*», ¡*yábreme, culera, ábranme!*... «*pa que en la corre lo escuche la rata, y pa que suene en un disco pirata*»... El Yorch ya se dio color que pues nel, así no va a entrarme, porque ya me está bajando el zíper, ya me está poniendo su hocico en los hombros, ya me está babeando con su aliento de mona, y yo ya al chile no me puedo aguantar y se me salen las lágrimas, pero ya, enteritas, se me dejan venir como en tobogán, ¡*yá-branme, ¿sí?! ¡ábreme!*!, grito, y él se me sigue restregando con su jeta de marrano, con sus uñas aruñándome la piel, hasta que en eso... ¡a güevo!, alguien abre y me salgo corriendo.

La que me rescata no es la Bellakona, es el Monozo, que me tira: *chale, mija, qué pedo*, y en unos segundos cala cómo está el agravio y le pone seguro a la puerta, para encerrar al puto.

Mi valecito el Monozo agarra el pedo, y sin voltear a ver a la Bellakona que está dándole al maltrato con su gatillero, ahí en su sillón, me saca a la calle, donde respiro bien profundo, pa que se me pase este pedo, pa ponerme chilín y detener el sentimiento que se me sigue escurriendo por los ojos.